

tidos, las grandezas divinas. Luego si Jesucristo, hermanos míos, ha hecho tanto por honrar las grandezas de Dios, ¿qué deberemos hacer nosotros, y cuál debe ser nuestra religiosidad en la oración, cuando hablamos á tan alta majestad? ¿Cuál debe ser nuestra atención al hacerla, y nuestro respeto en el modo? ¿Cuánto debe ofenderse nuestro gran Dios de que, mientras le hablamos, esté nuestro espíritu distraído, nuestro corazón indiferente y nuestra actitud poco respetuosa! ¿Cuánta debe de ser nuestra religiosidad en el lugar santo y en presencia de esas grandezas que bajan al altar! ¿Cuánta debe de ser la modestia de nuestras miradas y la humildad y el fervor de nuestro corazón! ¿Cuánta debe de ser en todas partes la santidad de nuestra vida y la inocencia de nuestras acciones, estando Dios presente en todo lugar, y debiendo sus grandezas ser por do quiera profundamente respetadas!

De ese respeto á Dios, hermanos míos, se deduce para nosotros un tercer deber: á saber, la veneración hacia todo cuanto dice relación á Dios y á su culto. Siendo Dios tan grande, no debemos nunca pronunciar ni oír pronunciar su nombre sin un profundo respeto.

Siendo Dios tan grande, debemos respetar á sus ministros, que son sus tenientes y sus representantes en la tierra. La grandeza del príncipe que envía es la medida de honor debida á sus enviados, y si se les deja de respetar, el príncipe se cree ofendido en sí mismo.

Siendo Dios tan grande, sus templos, sus altares, los vasos y los ornamentos sagrados y todas las cosas santas, son dignas de nuestro respeto.

Y este deber es el más importante de todos. San Miguel, al precipitar del cielo los ángeles rebeldes, decía: «¿Quién como Dios?» *Quis ut Deus?* ¿Quién es tan grande y tan santo como Dios? exclama también un alma cristiana; ¿quién merece más que él mi preferencia y mi estimación? Y diciendo esto, huella al mundo bajo sus piés, y menosprecia todo lo que se estima, siéndole intolerable que quiera ofenderse á su gran Dios. La carne tiene sus placeres, la pasión tiene sus goces, el demonio sus artificios, el respeto humano sus viles temores: todo parece conspirar para seducirla y perderla; pero á todas estas pérfidas sugerencias opone ella una sola palabra, y triunfa. ¿Quién como Dios? ¿Quién merece más que él toda nuestra adhesión, nuestro amor y nuestro corazón? Esta soberana estimación de Dios la desmembra de la tierra; y cuando, en medio del silencio de su corazón, oye á su gran Dios decirle como á Abraham: «Yo seré tu recompensa:» ¡Oh Señor, cuán grande sois! exclama ella enagenada: y pues que debo poseeros, renuncio ya á todos los bienes de la tierra: yo no aspiro sino á vos, bien universal, eterno é infinito: todos los otros

bienes no son más que emanaciones de vos mismo: no quiero apagar mi sed en los arroyos que son criaturas vuestras; quiero beber en el manantial de vida que está en vos: *Apud te est fons vitæ* (PSALM. XXXV, 10).

Además, esta soberana estimación de Dios, llena al alma cristiana del deseo puro hacia todo lo que es bueno. Hacia la oración, porque el pobre que encuentra un rico generoso se apresura á pedirle limosna. Hacia la humildad, porque se tiene el convencimiento de que solo á Dios pertenece la estimación y la alabanza (estimarse á sí propio ó desear ser elogiado, es insultar la grandeza de Dios). Hacia el amor divino, porque cuando aparece Dios en su inmensidad, se aprecia más el amor, que, desde tanta altura, le ha impelido á descender tan bajo, para venir al socorro de una tan pequeña criatura. Hacia su perfección, en fin, porque al ver en Dios esta alma el infinito bien; concibe un deseo inmenso de complacerle.

Tales son, hermanos míos, los graves y numerosos deberes que nos imponen las grandezas divinas. Si los hemos descuidado hasta aquí, cumplámoslos, desde hoy, con una fidelidad rigurosa; tratemos desde este momento á Dios como Dios.

¡Dios mío! ilustrados, desde hoy, respecto á lo que sois, os sabremos temer y temblaremos ante vuestra adorable majestad: os adoraremos y nos abismaremos á vuestros piés con el sentimiento de nuestra nada: os rogaremos con religiosidad, sin deciros ni una sola palabra, que no vaya acompañada del respeto debido á vuestras grandezas! Si de hoy más, el agradaros será nuestra ley, y todo cuanto se refiera á vos nos será sagrado: las faltas más pequeñas nos causarán horror, desde que las consideremos capaces de ofender á un Dios tan grande; y las menores virtudes nos serán más preciosas que todas las alegrías y que todos los tesoros de la tierra, pensando que son aceptables á tan alta majestad. ¡Oh Dios mío! Nosotros queremos honrar vuestras grandezas, esperando que iremos á contemplarlas en el seno de Sion. Amen.

## DIOS.

(PRESENCIA DE)

V.

*Modestia vestra nota sit omnibus  
hominibus; Dominus prope est.*

Sea vuestra modestia patente á todos: el Señor está cerca.

(PHILIP. IV, 5.)

Nada más á propósito para regir nuestra conducta, y hacernos evitar los terribles castigos del juicio con que nos amenaza el Señor, como el santo pensamiento de la presencia de Dios en todas partes, de la que nos hacen memoria las palabras del Apóstol, que he tomado por texto. Tal es, á lo ménos, la noble idea que la fé nos dá del Dios á quien servimos; idea conforme con cuanto nos enseña la misma fé, acerca de los divinos atributos. Esta idea es una de las primeras nociones que nos fueron inculcadas en la infancia; una de las primeras verdades que nos enseñaron en nuestros mas tiernos años, y que aprendimos á balbucear apenas rayó en nosotros la primera claridad de nuestra razon naciente. No bien se nos habló de Dios y su existencia; no bien se nos dijo, que de él habíamos recibido el sér, la vida y todo los bienes que la acompañan, se nos enseñó tambien, que Dios está en el cielo, en la tierra y en todas partes. Numerosísimas son las consecuencias que naturalmente se desprenden de este dogma de la presencia de Dios en todas partes; dos, sin embargo, son las principales, y quiero examinarlas con preferencia, porque han de contribuir con mayor eficacia á mejorar nuestra conducta é inspirarnos amor á la virtud. La primera es; que estando Dios en todas partes, todo lo vé, todo lo oye y lo conoce todo: la segunda es; que estando en todas partes, tiene derecho á nuestro respeto, á nuestro amor y á nuestro temor, en cualesquiera circunstancias. Estas consecuencias

son tan ciertas y evidentes, y se desprenden tan naturalmente del gran principio que he establecido, como que no pasaron desapercibidas, ni aún á los paganos, los cuales multiplicaban en todas partes la imágen de la divinidad y sus emblemas; tenían á mucha honra traerlos grabados en sus banderas cuando iban á la guerra, ó se reunían para celebrar sus fiestas, al objeto de hacerlos testigos de sus hechos de armas, ó de sus juegos; los hacían figurar en los solemnes actos de la muerte de sus hijos y de la muerte de sus padres, en todos los contratos y enlaces, y nunca emprendían obra alguna sin consultarlos y prestarles homenaje; tan convencidos estaban de la verdad capital, de que, estando Dios en todas partes, tiene derecho á nuestro respeto, á nuestro amor y á nuestro temor, en cualesquiera circunstancias. Antes de examinar estas dos importantes consecuencias, pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

1. Lo primero que se desprende de la presencia de Dios en todas partes, con todos los divinos atributos inseparables de su sér, es la verdad de que lo ve y lo conoce todo, hasta nuestros mas ocultos pensamientos. Lo ve todo, pues segun se lee en el libro de los Proverbios: En todo lugar están los ojos del Señor, contemplando á los buenos y á los malos: *In omniloco oculi Domini contemplantur bonos et malos* (Prov. xv, 5); sus miradas son mas penetrantes que los rayos del sol cuando en mitad del dia brilla con toda su fuerza. No hay criatura invisible á su vista, dice el Apóstol; todas están desnudas y patentes á los ojos de este Señor: *Et non est ulla creatura invisibilis in conspectu ejus: omnia autem nuda et aperta sunt oculis suis.* (HEBR. IV, 15). No hay lugar oscuro ni sitio retirado en que no penetre el ojo del Señor; no hay tinieblas tan densas que no las desvanezca su presencia; la noche mas tenebrosa es para él mas clara que un dia sereno y despejado. Sin embargo, el impío se atreve á decir á veces: Rodeado estoy de tinieblas, y las paredes me encubren, y nadie me atisba: ¿á quién tengo que temer? *Tenebræ circumdant me, et parietes cooperiunt me, et nemo circumspicit me: quem vereor?* (Ecc. xiii, 26). Tal es el lenguaje impío que habreis usado más de una vez. Pero, ¿qué! os contestará el real Profeta, ¿acaso aquel que ha dado los ojos se habrá quedado ciego para no ver vuestras injusticias é iniquidades? *Qui finxit oculum, non considerat?* (PSALM. xciii, 9). ¡Oh! no, desengañaos, exclama S. Agustin, pues siempre y en todas partes estais en la presencia de Dios. Si salís de vuestra casa, el Señor os ve; os ve si entraís en ella; os ve si os retirais á vuestra estancia, y hasta descubre los secretos de vuestro corazon; conoce todos vuestros pensa-

mientos, como oye todas las palabras que salen de vuestra boca.

Sus oídos están atentos constantemente á las humildes súplicas del justo y á sus fervorosas preces. Clamará á mí, nos dice el Señor, y yo le oiré benigno: *Clamabit ad me, et ego exaudiam eum.* (PSALM. XC, 15). Pero tambien oye las terribles blasfemias, los ultrajes y sarcasmos, que el impío profiere cada dia contra sus semejantes y contra su santo nombre. Sin embargo, el impío que peca y se atreve á decir que el Señor no le ve, añade: No sabrá nada el Dios de Jacob: *Non intelliget Deus Jacob.* (PSALM. XCIII, 7.) Tales son quizá vuestros designios. ¿Pues, qué, continua el mismo profeta, aquel que ha dado oídos al hombre y le ha formado con tanto arte que se apercibe de todo cuanto le afecta, puede ménos de oír vuestras blasfemias y conocer vuestras iniquidades? (PSALM. XCIII, 9). ¡Oh! no os hagais ilusiones; lo ve todo, lo oye todo, lo conoce todo.

La sagrada Escritura nos dice en términos explícitos, que perverso y falaz es el corazón de todos los hombres, é impenetrable, y que nadie puede conocerle: *Pravum est cor hominis et inscrutabile; quis cognoscet illud?* (JEREM. XVII, 9). Del corazón salen los malos pensamientos, las palabras culpables, y las acciones criminales. Lo que sale de la boca, dice Jesucristo, del corazón sale: *Quæ autem procedunt de ore, de corde exeunt.* (MATTH. XV, 18). Del corazón, como de una sentina infecta, brotan todas estas pasiones desgraciadas que el hombre, por corrompido que sea, no se atreve á confesar á sí propio, y que su voluntad se niega, á veces, á satisfacer. Después de esto ¿quién podrá sondear la profundidad y los pliegues del corazón? *Aquel que escudriña los corazones y el que examina los afectos de ellos.* (JEREM. XVII, 10). Tal es el Dios en cuya presencia nos encontramos.

2. ¿Y qué consecuencia podeis sacar de esto, vosotros pecadores orgullosos, que me estais escuchando? Se sigue, que el Señor conoce todos vuestros secretos del amor propio y del orgullo, que son origen de tantas obras buenas en sí, que os valen los vanos elogios de los hombres, que solo juzgan por apariencias, pero que no tienen valor alguno á los ojos del Señor. Dios lo ve todo y lo conoce todo, hasta nuestros mas ocultos pensamientos; de lo cual se sigue, que Dios está enterado de todos los medios faltos de delicadeza que emplean la ambición y la envidia, de todas las bajas intrigas que remueven, de todos los medios que se emplean para suplantar un rival, para desprenderse de un competidor, y conseguir con mayor seguridad el puesto ó destino que se codicia. Sepan tambien los hipócritas, que, muchas veces, convierten las santas prácticas de la religion en un medio para granjearse el favor de tal ó cual persona, para captarse

la amistad de otra; sepan, que Dios conoce todas las ficciones y odiosos sacrilegios, que esconden bajo la falaz apariencia de una rectitud de miras, que los hombres, tal vez, admiran, pero que Dios, que ve el fondo de los corazones, confundirá en presencia de todo el mundo en el dia del juicio final, quitándoles la máscara que los encubre. Y los egoistas y avaros, que no piensan más que en fomentar su codicia, sin cuidarse de los medios á que echan mano, sepan que Dios conoce todas las injusticias, todos los fraudes, todas las usuras, que se permiten en sus transacciones y negocios para acrecentar su fortuna á costa de sus semejantes, que les tienen quizás por hombres integros y probos. Sepan los voluptuosos, los cínicos, los que pasan la vida en la corrupcion, que Dios conoce todos los lazos pérfidos que tienden á la tímida inocencia para cogerla en sus ardidés, todas las seducciones que le presentan para engañarla y perderla, todos los medios ocultos de que se valen para satisfacer innobles pasiones que les atrastran, pasiones que el mundo ignora, pero que no se ocultan á Dios. Sepan los hombres vengativos, que no perdonan medio para satisfacer su cruel resentimiento, sepan que Dios conoce todas las pérfidas intrigas que emplean, las detestables conjuraciones que se fraguan, y las indignas gestiones de que se sirven para lograr su objeto y satisfacer su venganza. En vano, pues, ocultais vuestros actos en la oscuridad, porque Dios lo ve y lo conoce todo, sin que le pase desapercibido ninguno de vuestros actos, ninguna de vuestras palabras.

Dios oye todas las palabras vanas, todas las mentiras que os permitís con frecuencia, todas las palabras maldicientes, todas las calumnias que vuestra venenosa lengua profiere á veces contra vuestros semejantes, las imprecaciones que el orgullo, el furor y el resentimiento os inspiran, las conversaciones repugnantes y las obscenidades de que os ruborizariais si las oyesen otros, que no fuesen los cómplices de vuestros desórdenes. Dios está enterado tambien de todos los malos actos que procurais disimular y ocultar, y de que os ruborizariais si se publicasen.

Por esto dice S. Ambrosio: si quereis pecar, buscad un sitio en que Dios no pueda veros. Pero, ¿dónde me esconderé, Señor, exclama á su vez el santo profeta David, que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al abismo, allí te encuentro; si al rayar el alba me pusiere alas, y fuere á posar en el último extremo del mar, allá igualmente me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra. (PSALM. CXXXVIII, 9).

Y, sin embargo, el pecador no vacila en ofender á Dios. El pecador es un débil átomo, que el Omnipotente puede volver á la nada y pue-

de desvanecerlo de un soplo; es un gusano, que puede destruirlo en un momento: su débil existencia es como frágil hilo, que puede cortarse en un momento, y que le tiene en suspenso sobre la inmensidad de un abismo. ¡Y el hombre, sin embargo, se atreve á hacer frente á Dios y ofenderle! ¡Singular ceguera! extraña locura!

En esta ceguera y locura hemos incurrido empero, hermanos míos, cada vez que hemos pecado. ¿Hubiéramos consentido en hacerlo, si hubiésemos tenido presente la verdad, de que Dios está en todas partes, y lo ve todo y lo conoce todo, hasta nuestros pensamientos más ocultos? Y ¿podemos recordar ahora esta idea, sin tomar siquiera la resolución de profesar á Dios, en adelante, el respeto, el amor y el temor que exige de nuestra parte su presencia en todas partes, y sin cumplir los justos deberes que nos obligan? No, sin duda; y, al efecto, voy á indicároslo, con la precisión que el tiempo me permite, dando lugar á que hagais sobre ellos ulteriores reflexiones.

De la presencia de Dios en todas partes se sigue, que debemos respetar su santa presencia, venerarla y temerla en todas circunstancias; pues si un grande ó poderoso de la tierra nos impone respeto, si su presencia basta para que procuremos guardar cierto decoro y compostura, ¿cuánto mas habremos de verificarlo en presencia de Dios, que es el Señor de los señores? ¿cuánto mas habremos de esmerarnos en no pensar, decir ni hacer cosa que pueda ofender á su divina Majestad? Estoy en la presencia del Dios vivo, declánsese á sí propios los santos patriarcas de la antigua ley: *In cujus conspectu sto* (III REG. XVII, 4); y se mostraban animados de un gran respeto en todas partes y manifestaban su amor en todas circunstancias.

Tal es también el noble sentimiento de que hubieran de estar animados nuestros corazones para con Dios, en cuya presencia nos encontramos, sentimiento que es á un tiempo digno de Dios y de nosotros. Si la presencia de un padre, á quien se quiere, y de una madre, á la que se ama con ternura, basta para hacer palpitar de emociones el corazón de un hijo bien nacido, y para suscitar en él los sentimientos del amor mas puro y tierno, ¿cuánto mas motivados serán los sentimientos de amor y ternura que ha de experimentar el corazón de un cristiano hácia Dios, que, en virtud de su bondad, le ha dado la existencia, y le conserva, á pesar del indigno abuso que hace de la vida, y aún le colma de gracias y favores? ¿cuánto mas motivados serán estos sentimientos de amor y de ternura hácia el Dios misericordioso y bueno, que, no contento con haber criado al hombre, le ha proporcionado su salvación por un sorprendente efecto de su misericordia, sacrificándole su único Hijo, eterno objeto de sus complacencias; há-

cia Dios, que nos ha reconquistado todos los derechos á la felicidad eterna, que habíamos perdido por el pecado del primer hombre; hácia Dios, que en el nacimiento, vida y muerte de este divino Salvador, en la fundación de la Iglesia, y en la restitución de sus augustos misterios le ha proporcionado un abundante origen de bendiciones y de gracias, que se nos aplican por virtud del Espíritu Santo?—Cierto es, por consiguiente, Señor, lo que nos dijiste por uno de vuestros profetas, según el cual nos profesais un amor más vivo y más intenso del que haya profesado jamás una tierna madre á su hijo querido. (ISAÍ. XLIX, 15). Cierto es lo que nos asegurais, de que nos traéis en vuestras manos y nos teneis grabados en vuestro corazón. (CANT. VIII, 6). Y además, ¿no estais siempre á nuestro lado para defendernos de nuestros enemigos? ¿no estais siempre á nuestro lado para infundirnos valor y aliento? (PSALM. XV, 8). Pues bien; ¿cómo es posible, que los asiduos cuidados que el Señor nos prodiga, y el generoso amor que nos profesa, no exijan nuestra adoración y nuestro reconocimiento?

Pero no basta con respetar y amar la presencia de Dios en todas partes, sino que también debe inspirarnos un temor saludable. El temor del Señor es el principio de la sabiduría, dice el real Profeta. Este temor no ha de convertirnos en *esclavos*, sino en *servidores* y *amigos de Dios*. Mas ¡ah! ¿experimentamos nosotros estos sentimientos, que no son sino la consecuencia lógica del dogma de la presencia de Dios en todas partes? ¿está de acuerdo, en este punto, nuestra conducta con nuestras creencias? ¿hemos siempre respetado y venerado la santa presencia de Dios? ¿no le hemos ofendido, no le ofendemos todos los días de mil modos? ¿hemos pensado en las graves consecuencias de esta verdad eterna? ¿hemos meditado alguna vez seriamente sobre las sagradas obligaciones que esta creencia nos impone?

Pues bien, ya que ahora los comprendemos mejor, seamos fieles á nuestros deberes. Ocupémonos en el ejercicio habitual de la presencia de Dios, como lo hacían los santos; en cualquier sitio, circunstancia y situación en que nos encontremos, digamos siempre: *Estoy en la presencia del Dios vivo: In cujus conspectu sto.* (III REG. XVII, 4). Y el recuerdo de esta verdad nos traerá importantes ventajas; nos apartará del mal y del pecado, al propio tiempo que nos dará firmeza para marchar por el camino del bien. En breve tiempo hará que consigamos la perfección cristiana, que tanto necesitamos todos, y que debe proporcionarnos algún día en recompensa la gloria eterna y la posesión de Dios. Amen.

## DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

**DIOS QUIERE SER ADMIRADO.**—Dios quiere

- 1.° Que los que le admiran en su grandeza, sean humildes.
- 2.° Que los que le admiran en su poder, le imiten en lo que éste tiene de grande.
- 3.° Que los que le admiran en su misericordia, se conviertan.

**DIOS QUIERE SER ADORADO.**—La unidad de Dios requiere, que el culto que se le tributa, sea un culto particular para él solo; y esto es lo que hacemos, cuando le adoramos.

La majestad de Dios requiere, que su criatura desaparezca en su presencia, volviendo, en cierta manera, á la nada; y esto es lo que hacemos, adorándole.

La santidad de Dios requiere, que aproximándosele la criatura, reconozca su indignidad en el acto mismo que lo hace; y esto es lo que confesamos, cuando le adoramos.

**DIOS QUIERE SER AMADO.**—Dios pide que le amemos como centro de toda Belleza.

Dios pide que le seamos agradecidos por su Bondad.

Dios quiere que le amemos con ternura por su Paciencia.

**DIOS QUIERE SER APLACADO.**—El Dios de las venganzas prefiere ser aplacado, ántes que verse obligado á vengarse.

Quiere que hagamos el sacrificio de nosotros mismos, para no verse obligado á castigarnos.

**DIOS QUIERE SER BUSCADO.**—Dios quiere que los hombres le busquen, donde quiera que se encuentre.

Quiere que los hombres empleen en buscarle todos sus conocimientos.

Quiere que los hombres le busquen, huyendo de los lugares donde le han perdido.

**DIOS QUIERE SER CONOCIDO.**—Dios ha manifestado que desea ser conocido, por medio de muchas señales sensibles de su presencia.

Ha manifestado que desea ser conocido, revelando á los hombres, lo mismo que á los ángeles, sus principales atributos.

Ha manifestado que desea ser conocido, vinculando nuestra bienaventuranza al conocimiento de Dios.

**DIOS QUIERE SER CONSULTADO.**—Su Sabiduría exige que le consultemos para arreglar nuestra conducta.

Su Verdad exige que le consultemos para nuestra instruccion.

**DIOS QUIERE SER TEMIDO.**—Dios quiere que le temamos por las amenazas de su justicia.

Quiere que le temamos por lo que nos disimula su misericordia.

**DIOS QUIERE SER DESEADO.**—Al colocarnos Dios en un estado, en el cual tenemos necesidad de ser consolados de nuestras miserias, quiere que le deseemos como el Dios de todo consuelo.

Al obligarnos Dios á llevar una vida cristiana, quiere, que le deseemos como el Dios de las virtudes.

Al prometernos Dios que participaremos de su divinidad, nos obliga á desearle como el Dios de las recompensas.

**DIOS QUIERE SER ESCUCHADO.**—Solamente los que hablan en nombre de Dios tienen derecho á enseñarnos.

Cuando escuchamos á los que nos hablan en nombre de Dios, escuchamos á Dios.

Siendo el Dios del corazon, quiere, además, ser escuchado cuando habla á nuestros corazones.

**DIOS QUIERE SER ESTUDIADO.**—Es el Dios de las ciencias: no se puede ser sábio, si no se ha estudiado á Dios.

Es el Dios que gobierna todo el mundo: quiere que los hombres estudien su conducta para justificarla.

Es el Dios de todas las condiciones que se escogen: no puede hacerse una acertada eleccion, sin haber estudiado su voluntad.

**DIOS QUIERE SER IMITADO.**—Siendo el hombre imagen de Dios, debe procurar parecersele.

Para asemejarnos á Dios hay que imitarle en todos nuestros pensamientos, deseos y acciones.

**DIOS QUIERE SER ALABADO.**—Siendo el Dios de la naturaleza, debemos alabarle en nombre de todas las criaturas.

Siendo el Dios de la gracia, debemos alabarle por los dones sobrenaturales que nos dispensa.

Siendo el Dios de la gloria, debemos juntar nuestras alabanzas á las que le tributan los ángeles y los espíritus bienaventurados, que cantan sus glorias en el cielo.

**DIOS QUIERE SER OBEDECIDO.**—Dios quiere ser obedecido en todas las cosas, porque su autoridad no es una autoridad limitada.

Quiere ser obedecido con alegría, porque su autoridad es una autoridad bienhechora.

**DIOS QUIERE SER POSEIDO.**—La abundancia de Dios nos enseña, que nosotros no podemos ser ricos sin poseerle.

Su liberalidad nos dá á conocer el deseo que tiene de que le poseamos.

En las relaciones que tenemos con él, podemos conocer bajo qué condiciones quiere que le poseamos.

**DIOS QUIERE SER PREFERIDO.**—La preferencia que Dios nos pide es una preferencia de amor: quiere que le amemos sobre todas las cosas que él nos dá, para obligarnos á amarle.

La preferencia que Dios nos pide es una preferencia de amor: quiere que le amemos con preferencia á los que nos manda amar como á nosotros mismos.

**DIOS QUIERE SER ROGADO.**—Su ternura paternal quiere, que nuestras necesidades nos ofrezcan ocasion de pedirle.

Su caridad universal quiere distribuirnos mercedes conforme nosotros las deseamos y pedimos.

Su benevolencia generosísima quiere, que nosotros deseemos y pidamos lo que él desea darnos.

**DIOS QUIERE QUE LE SEAMOS AGRADECIDOS.**—Dios quiere que le seamos agradecidos, porque no puede tolerar que sean despreciadas sus mercedes.

Dios quiere que le seamos agradecidos, porque desea dispensarnos nuevas mercedes.

**DIOS QUIERE SER SERVIDO.**—Su dominio y su jurisdiccion exigen, que reconozcamos la obligacion en que estamos de servirle.

Su cooperacion y su actividad exigen, que no desconfiemos de nuestras fuerzas, cuando se trata de su servicio.

Su fidelidad y su magnificencia exigen, que le sirvamos, como si ya nos hubiese recompensado.

**PRESENCIA DE DIOS.**—Los malos no son osados para obrar el mal, sino porque no se ocupan de la presencia de Dios.

Los buenos no conservan su gracia, sino porque están siempre ocupados de la presencia de Dios.

**PRESENCIA DE DIOS.**—El cristiano debe ocuparse de ella do quiera que se encuentre.

El cristiano debe adorarla en los lugares que están consagrados al culto de Dios.

El cristiano debe incesantemente predicarla por su continente.

**PRESENCIA DE DIOS.**—Hay vicios que nos hacen perder la presencia de Dios.

Hay virtudes que nos ayudan á merecer en la presencia de Dios.

**PRESENCIA DE DIOS.**—La presencia de su verdad turba á los hipócritas.

La presencia de su misericordia turba á los ingratos.

La presencia de su justicia turba á los impenitentes.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE PRESENCIA DE DIOS.

*Homo videt ea quæ parent, Deus autem intuetur cor.* I Reg. xvi, 7.

El hombre no ve mas que lo exterior, pero el Señor ve el fondo del corazón.

*Observasti omnes semitas meas, et vestigia pedum meorum considerasti.* Job. xiii, 27.

Has observado todas mis acciones y notado mis pisadas ó procedimientos.

*Providebam Dominum in conspectu meo semper, quoniam à dextris est mihi, ne commovear.* Psalm. xv, 8.

Yo contemplaba siempre al Señor delante de mí, como quien está á mi diestra para sostenerme.

*Quo ibo à spiritu tuo? et quo à facie tua fugiam? Si ascendero in cælum tu illic es, si descen-*

¿A dónde iré yo que me aleje de tu espíritu? Y ¿á dónde iré que me aparte de tu presencia? Si subo al

*dero in infernum, ades. Si sumptero pennas meas diluculo, et habitavero in extremis maris, etenim illuc manus tua deducet me, et tenebit me dextera tua.* Psalm. CXXXVIII, 7, 8, 9, 10.

*In omni loco oculi Domini contemplantur bonos et malos.* Prov. xv, 3.

*Oculi Domini multo plus lucidiores sunt super solem, circumspicientes omnes vias hominum, et profundum abyssi, et hominum corda intuentes in absconditas partes.* Eccli. xxiii, 28.

*Iniquitas domus Israel magna est nimis valde: dixerunt enim: Dominus non videt.* Ezech. ix.

*Non longe est (Dominus) ab unoquoque nostrum: in ipso enim vivimus, et movemur, et sumus.* Actor. xvii, 27, 28.

*Non est ulla creatura invisibilis in conspectu ejus: omnia autem nuda et aperta sunt oculis ejus.* Hebr. iv, 13.

cielo, allí estás tú; si bajo al abismo, allí te encuentro. Si al rayar el alba me pusiese alas, y fuere á posar en el último extremo del mar, allá igualmente me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra.

En todo lugar están los ojos del Señor contemplando á los buenos y á los malos.

Los ojos del Señor son muchas luminosas que el sol, y descubren todos los proceder de los hombres, y lo mas profundo del abismo, y ven hasta los mas recónditos senos del corazon humano.

La iniquidad de la casa de Israel es excesivamente grande... pues dijeron: el Señor no lo ve.

No está léjos (el Señor) de cada uno de nosotros: porque dentro de él vivimos, nos movemos y existimos.

No hay criatura invisible á su vista: todas están desnudas y patentes á los ojos de este Señor.

#### FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

El sagrado texto parece como que compendia ó reasume toda la perfeccion del hombre en tener la presencia de Dios, *ambulare cum Deo*. Despues de Abel, dice S. Agustin, el único de quien se nos hace particular mención, ántes del diluvio, es Henoch, cuyas virtudes y méritos reasume la sagrada historia en estas lacónicas expresiones: *ambulavit cum Deo; placuit Deo* (Gen. v): á saber, vivió siempre á la presencia de Dios, lo miró como testigo de su vida, y por esto hizo siempre lo que fué conforme á su voluntad santísima.

Cuando Dios quiso elevar á Abrahan á la cumbre de la perfeccion y hacer de él un modelo de devocion á todos los siglos y naciones, compendió todos sus preceptos en esta sola fórmula: *ambula coram*

*me, et esto perfectus* (Gen. xvii). Lo que prueba, que la presencia de Dios es uno de los medios más propios para alcanzar la perfeccion.

Lo único que libró á Noé del universal diluvio, y le hizo hallar gracia delante de Dios, fué su vida justa y arreglada siempre á la presencia de Dios, como lo dice el sagrado texto; *Noe vir justus, atque perfectus cum Deo ambulavit* (Gen. vi). Lo que hizo á Moisés amigo de Dios, dice el Apóstol, fué su vida, llevada siempre á la presencia de Dios, cual si lo viera con los ojos del cuerpo: *invisibilem tamquam videns sustinuit* (Hebr. xi). La presencia de Dios libró á Susana de caer en un torpe adulterio: *melius est mihi incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Dei* (Dan. xiii). La presencia de Dios hizo de Elias un taumaturgo de su tiempo, alentó á los Macabeos á la guerra santa por su ley y por su patria (II Mach. x).

#### SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Duobus modis Dei presentia antidotum peccato prestat, et quia nos Deum intuetur, et quia nos Deum intuemur.* S. Ignat. mart. Epist. 9 ad Heron.

*Memor esto Dei, et non peccabis.* Idem.

*Non tam sepe respirare debemus, quam Deum meminisse.* S. Gregor. Nazianz.

*Quis in oculis principis sui audeat, quod displiceat principi ipsi?* S. Basil. in regul. brev.

*Hominis testimonium declinamus, et in conspectu Dei quæ sunt indigna committimus.* S. Ambros. apol. David, cap. 10.

*Certe quando peccamus, si cogitaremus Deum videre, nunquam quod ei displicet faceremus.* S. Hieron. in Ezech. 8.

*Non à te auferam oculos meos, quia et tu non auferis à me oculos tuos.* S. Aug. in Psalm. 51.

*Ponamus ante oculos quæ sit*

La presencia de Dios es un doble freno para no pecar, tanto porque él nos tiene presentes, como porque nosotros le tenemos presente á él.

Acuérdate de Dios, y así no pecarás.

Con la misma frecuencia con que respiramos, debemos pensar en Dios.

¿Quién se atreveria á hacer delante del soberano cosa alguna que le ofendiese?

Huimos la vista de los hombres, y no nos abstenemos de pecar á la presencia de Dios.

Por cierto, que si cuando pecamos, pensáramos que Dios nos ve, nunca haríamos cosa alguna que le ofendiese.

No apartaré (oh Señor) mis ojos de tí, puesto que tú tampoco apartas de mí los tuyos.

Consideremos cual es esa natu-

*illa Dei natura, quæ tenet omnia, implet omnia, complectitur omnia, superexcedit omnia, sustinet omnia.* S. Gregor. Hom. 8. sup. Ezech.

*Magna custodia tibi necesse est, quoniam ante oculos iudicis cuncta cernentis vivis.* S. Ber. lib. Medit. cap. 5.

raleza divina, que todo lo posee, todo lo llena, todo lo abarca, que todo lo excede, que todo lo conserva.

Debes vivir con gran vigilancia, pensando, que vives á la presencia de aquel juez que todo lo ve.

DIOS (Deberes para con), véase DEBERES PARA CON DIOS y CULTO.

DIOS (Abandono de), véase ABANDONO.

DIOS (Servicio de), véase CARACTERES DEL ESPÍRITU DE JESUCRISTO Y DEL MUNDO.

DIOS (Necesidad de servirle desde la juventud), véase JUVENTUD.

## DIRECTOR ESPIRITUAL.

(SUS CUALIDADES.)

### I.

*Numquid potest cæcus cæcum ducere? Nonne ambo in foveam cadunt?*

¿Por ventura puede un ciego guiar á otro ciego?  
¿No caerán ámbos á dos en el precipicio?

(Luc. vi, 39.)

El hombre debe enderezar todos sus pasos hácia la eterna bienaventuranza. Para esto necesita elegir un director sabio, prudente y celoso, que tenga bastante firmeza para hacerle cumplir todos sus deberes, y mucha caridad, discrecion y dulzura para hacércelos amar. Esta eleccion es de la mayor importancia, porque el fiel ha de

poner en manos de su director lo mas precioso que tiene; esto es: ha de depositar en su pecho los secretos de su corazon, los negocios de su conciencia, los intereses eternos de su alma, y aún su misma alma. La senda del reino de los cielos es escabrosa; y si el director que tomamos, no fuese sabio y celoso para apartarnos con mano firme de los precipicios, estaríamos siempre en gran peligro de perdernos. Os exhortamos, decia S. Gregorio en el séptimo Concilio de Roma, os exhortamos que no os dirijais á aquellos ministros del altar, que traen una vida poco arreglada y carecen de la ciencia necesaria para guiaros, y así, mas tienden á perder las almas, que á salvarlas, segun las palabras de Jesucristo: *Si un ciego guia á otro ciego, ambos caen en el precipicio*; sino, que busqueis á los que, instruidos en la religion y las santas Escrituras, os sepan mostrar el camino de la verdad y de la salvacion.

Cuando se trata de nuestra vida ó muerte temporal, nadie, pudiendo elegir entre dos médicos, uno muy hábil y práctico, y cuidadoso de conservar la vida y restablecer la salud á sus enfermos, y otro ignorante, descuidado, y que no se interesa poco ni mucho por la conservacion y salud de sus enfermos, ni por su enfermedad, ni por su muerte, nadie, repito, elige al segundo; ¿cuánto más solícitos debemos ser de elegir el mejor médico, al tratarse de nuestra vida ó muerte eterna? Buscad, pues, el director que os sepa guiar por el camino árduo de la salvacion; y para que no os equivoqueis en la eleccion, quiero hoy explicaros las cualidades ó circunstancias de que debe estar adornado. Imploremos primero los auxilios de la gracia. A. M.

1. Si los directores de las conciencias fuesen como los ángeles, impecables é incapaces de error, escusado seria examinar las prendas y circunstancias de que deben estar adornados para poder ser elegidos; pero estando todos sujetos á errores, exige la prudencia, que busquemos con diligencia á los que sepan desempeñar su ministerio con mas perfeccion. Santa Teresa confiesa, que algunos directores le ocasionaron no pocos daños en su alma, no porque tuviesen mala intencion, sino por falta de ciencia. Con razon, pues, dice Orígenes (HOM. XI IN PSALM. 57) que debemos emplear el mayor cuidado en buscar un director diestro y adornado de todas las prendas que se requieren para el desempeño exacto de su ministerio. Mas ¿qué prendas han de ser éstas? Hé aquí las principales.

En primer lugar, debe el director estar adornado de virtudes. Este encargo hacia S. Juan Crisóstomo á todos los ministros de la Iglesia (HOMIL. XV IN MATH.); lo propio decia tambien el Apóstol á su discípulo